

LA BUENA VIDA

La traducción de este libro ha recibido una ayuda  
del Ministerio Austríaco de Educación, Ciencia y Cultura

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA ALEMANA

*Das gute Leben  
oder Von der Fröhlichkeit im Schrecken*

*Primera edición: octubre de 2010*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

© de la traducción: Richard Gross, 2010  
© 2006 by Wallstein Verlag GmbH, Göttingen  
[www.wallstein-verlag.de](http://www.wallstein-verlag.de)

© de la presente edición:  
PRE-TEXTOS, 2010  
Luis Santángel, 10  
46005 Valencia  
[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN  
ISBN: 978-84-92913-70-1 • DEPÓSITO LEGAL: S-1261-2010

IMPRESA KADMOS

Desplazarse de Lyon a París suponía entonces aún cinco tediosas horas de tren. Pasada la medianoche, me subí al expreso de Marsella, que por suerte no iba lleno. En mi compartimento viajaban un puñado de argelinos y jornaleros del país que, al igual que yo, tenían la nariz colorada por un exceso de intemperie y carecían de dinero para ir en coche cama. Uno de ellos estaba sacando una barra de pan, con queso y embutido, y unas cuantas manzanas. Después de mirarme a la cara partió su desayuno en dos y me dio la mitad. Sin pronunciar palabra. Sin esbozar siquiera una sonrisa. A mí se me retorció el estómago, imposible disimularlo. Aquí la gente te mira a la cara, pensé, y mientras devoraba con avidez una manzana me sobrevino la sensación de encontrarme en una vida completamente nueva.

Tenía veinte años y era bastante inocente, y si hoy, después de tanto tiempo, hago memoria, reconozco que de los distintos paraderos de mi vida aquél fue uno de los más bellos. Llegas a París y no tienes idea del mundo real, no llevas dinero ni equipaje, no sabes el idioma y no conoces absolutamente a nadie. Pero qué más da si el que viaja a tu lado acaba de compartir su longaniza contigo. Me quedé dormido en el banco de madera, tumbado en una posición un poco incómoda, pero sintiéndome feliz. Mi benefactor volvía a mirarme de reojo de vez en cuando, aunque no me hacía preguntas. Estábamos de acuerdo. Ambos pertenecíamos a la misma

clase de personas. *Voilà*, ¡con eso bastaba! Se bajó en Auxerre, y dejó en el asiento medio paquete de Gauloises, no sin echarme una mirada de complicidad burlona. Yo no fumaba, pero él no podía saberlo. La cajetilla, cual prenda en mano, prolongaría mi racha de buena suerte. A las seis de la mañana, cuando atravesábamos la *banlieue*, el cinturón rojo de París, donde paramos en varias ocasiones, empezaron a subir centenares de obreros con aspecto adormilado. El tren estaba ya atestado de gente que se dirigía a su puesto de trabajo en la ciudad. Yo iba apretado entre unas mujeres jóvenes, olorosas a ropa limpia, jabón perfumado y cuerpo. ¡Era magnífico! Llegamos a la Gare de Lyon a las seis y treinta. La gente salía a borbotones de los trenes que no cesaban de llegar del extrarradio, repletos de obreros, dependientas y mujeres de la limpieza. Me dejé llevar por el torrente humano. Estaba cansado y embriagado, ebrio de una euforia a la que entonces aún no sabía poner nombre. En los rincones menos bulliciosos del vestíbulo dormían los *clochards* que de noche pululan por las estaciones como hormigas por el estercolero. Uno de los tipos se me acercó y dijo una sola palabra:

–*Cigarette?*

Yo estaba aturdido por la fatiga, pero me alegré de que alguien me dirigiera la palabra. ¡Mira por dónde! Ya entiendes esta dichosa lengua!, pensé. Y le regalé el medio paquete de Gauloises. El tipo se quedó pasmado. Después de mirarme a la cara, me cogió de la mano y me arrastró consigo.

–*Qu'est-ce que tu cherches ici, nom de dieu?* –preguntó. Que qué buscaba yo allí.

No inquirió más, al parecer mi rostro lo decía todo. Me hizo señas de seguirlo y me condujo al exterior y, a través de la multitud, hasta la próxima boca de metro. Tuve el tiempo justo de echar una mirada a mi alrededor: era uno de esos desfiladeros de París, con las fachadas sórdidas y gri-

ses —de las que enseguida me enamoré—, doradas por el sol naciente. Había un tráfico demencial y tanta gente por la calle como no había visto jamás. El *clochard* me llevó al subterráneo, por escaleras y más escaleras, donde me azotó ese flujo de aire con su peculiar olor a cobre caliente que uno no olvida ya nunca. Oyes bufar y gemir los frenos hidráulicos de los trenes que entran, oyes el toque de silbato cuando vuelven a salir de la estación. En un gran tablón acristalado está colgado el plano de la ciudad, con numerosas lucecitas azules. Pulsas un botón y, si conoces tu destino, seleccionas la parada que deseas. Entonces las lucecitas se encienden y te señalan las líneas de metro que debes tomar. Mi nuevo amigo, un hombre de unos cincuenta años y con la cara devastada por el alcohol, se limitó a decir que se llamaba Pépé. Y me indicó adónde íbamos. ¡A Montmartre!

El asilo de noche para personas sin techo, situado detrás de la basílica del Sacré-Coeur, en lo alto de la colina de Montmartre, fue el lugar adonde me llevó. Utrillo ha pergeñado este paisaje en una de sus incontables estampas urbanas, de la que todavía conservo una reproducción en mi cuarto. En la oficina del establecimiento había un empleado que me tomó los datos personales y me asignó una cama en el gran dormitorio de la segunda planta. Pépé se despidió con una media sonrisa, se había fumado ávidamente mis cigarrillos y pronunció cuatro palabras alentadoras que no comprendí. Enseguida subí al dormitorio y me tumbé en el jergón. Había llegado. Y por un momento creí que en esa ciudad infame resultaba imposible extraviarse.

Era finales de mayo de 1938. Al igual que decenas de miles de personas, yo estaba huyendo. Había visto a Hitler, lo había visto entrar en Viena. Y me encontraba en pleno proceso de mutación. La nueva forma adquirida se había consolidado un poco en la cárcel de Pontarlier, donde pasé

tres semanas por cruce ilegal de frontera. Saliendo de Nauders, en el Tirol, y atravesando las montañas había cruzado a Suiza sin permiso, y los helvéticos me encarcelaron para luego expulsarme a Francia. La policía gala, por su parte, me capturó en la frontera y me condujo a la comisaría porque no tenía papeles de entrada ni dinero. Compartí celda con un rufián y un ladrón. Durante los primeros días me estuvieron golpeando porque no entendía nada, ni su argot de los bajos fondos ni las duras leyes de chirona. Después cambiaron de actitud y empezaron a enseñarme. Las personas pueden transformarse. Cuando salí de la prisión había aprendido dos cosas: a limpiar un retrete sin perder la autoestima y a maldecir en francés, sin acento. Antes de poder articular una sola frase en esa hermosa lengua ya era capaz de defenderme de cualquier impertinencia lanzando un *crapule!*, *tordue!* o *salopard!*

Pero no sólo cambian las personas, sino también las ciudades. Cada vez que llegaba a París en tiempos posteriores, todo era distinto. Yo también era otro, como si acabara de despertar de un sueño profundo. Eso me inducía a deambular por las calles, a caminar durante días arriba y abajo para mirar las imágenes. Desde la plaza de la República hasta la Ópera y el Arco de Triunfo, siguiendo los interminables bulevares, y de vuelta; a lo largo de los Campos Elíseos y del Sena hasta la catedral de Nôtre Dame y el boulevard Saint-Michel. Cuando en una ocasión subí en coche por la ribera de un río y bajé por la orilla opuesta hasta la desembocadura, me impresionó profundamente ver a la gente humilde en sus casas diminutas, atemorizada ante toda posibilidad de cambio. En algunos momentos hasta sentí un fogonazo de envidia por esa felicidad secreta de vivir en el anonimato. Pero también en las grandes ciudades hay personas que vegetan como los corales, sin dejar nunca su sitio. Se adhieren eter-

namente a su arrecife y se dejan acariciar por el movimiento de las aguas. Y hay seres que aún no han descubierto su alma imperecedera, por la sencilla razón de que carecen de valor para salir de su yo. Viven y mueren en un solo lugar, encapsulados en sí mismos. No obstante, enternece verlos en su sencilla perseverancia.

En aquella ocasión, contemplando el escenario, me sentí por primera vez identificado con todos los humanos; ésa fue la gran experiencia de París. Yo era un desterrado, un paria, pero era uno de ellos. Y ver por la calle a otros fracasados apaciguaba de forma placentera mi propia sensación de fracaso. Surcaba los grandes bulevares, reseco de hambre y de sed, pasando frente a muchos pequeños restaurantes con comensales sentados en las terrazas, apretujados ante copiosos platos de carne, pasta o pescado, ante ensaladas exquisitas y vinos burbujeantes. De alguna bocacalle te llegaba un vaho de fragancias, un olor a cordero asado en una sabrosa salsa de ajo que te provocaba un temblor de manos y un sudor frío. Un mundo tentador, donde el hambriento era doblemente torturado. Y cuando vi la plaza más grande y más bella de Europa, la plaza de la Concordia, me quedé inmóvil durante tres horas, como una planta que echa raíces, y sentí lo que significaba la libertad. No habría sabido decir en qué consistía esa libertad. Era tangible, como el aire, como la luz de París.

Y allá, en el otro extremo de la plaza, a orillas del Sena, habían erigido en 1789 la guillotina, y la sangre había corrido a raudales. El pueblo lo jaleaba. También en Viena el pueblo había jaleado, hacía pocas semanas, la entrada de Hitler en la ciudad. Lo vi pasar, por el barrio donde vivía, a bordo de un automóvil descapotado, en dirección a la Heldenplatz, junto al Palacio Imperial, donde lo esperaba un recibimiento apoteósico. La gente no podía saber qué mares

de sangre costaría su entusiasmo a Europa entera. Los vieneses habían tomado las calles y las casas, se asomaban a las ventanas, se agolpaban en los balcones y hasta en los tejados, se encaramaban a los postes de las farolas y a las copas de los árboles, y no paraban de gritar “*Sieg Heil!*”<sup>1</sup> ¡Damos las gracias a nuestro Führer!”

2

Cuando por la mañana salía del asilo me detenía largo rato en la ancha escalinata de la iglesia y paseaba la mirada sobre la ciudad. Qué alivio, ¡estoy en París! Aunque ciertamente aquello no podía ser un sucedáneo de desayuno, el hecho de hallarme donde me hallaba me proporcionaba una sensación de salvación, de no estar ya a merced del odio ciego de la gente. Allí, frente a esa iglesia cuyo blanco resplandor se proyecta hasta la lejanía, me crucé, entre la multitud que se congrega en el lugar a casi todas las horas del día para disfrutar de la inigualable vista de la ciudad, con un conocido de Viena, Sigi Klein. Nos reconocimos al instante. Era un chaval nervudo, que había llegado a París tres semanas atrás, según me dijo, y ya se había hecho dueño de la situación.

—¿Qué les pasa a tus ojos? —me preguntó burlonamente—. ¿No será que no has desayunado?

Quiso saber si ya había ido al comité. Allí repartían pequeñas ayudas a los emigrantes. No alcanzaban para vivir, pero sí para comer durante tres días. Además, yo tenía que procurarme una lista de personas ricas. ¿Cómo? ¡Pues con la guía de teléfonos, simplemente! Dijo que en la ciudad había muchos empresarios judíos, fáciles de identificar porque se

---

<sup>1</sup> Saludo nazi que significa “¡Salve victoria!” (*N. del T.*)



llamaban Rosenthal, Rosenstrauch, Nussbaum, Feigl, Tannenbaum, Weiss, Schwarz o Roth. Y me enseñó su lista. Uno tenía una fábrica de ropa, otro producía zapatos, carteras o alfombrillas. Ésa era la gente que debía apuntar en mi lista. Repliqué que yo no era un pordiosero, y se rió.

—¿Qué pordiosero ni qué niño muerto? ¿Acaso lo soy yo? Vas y dices que eres un refugiado que busca trabajo. Y le preguntas si no puede contratarte. Verás como el hombre se pondrá a temblar, pues también él ha sido refugiado en algún momento de su vida. Te despachará porque le vienen exiliados todos los días, pero te dará la dirección de otro fabricante que quizá pueda ayudarte. Y para tranquilizar su conciencia te pasará un billetito, uno de veinte francos, si tienes suerte.

En un alarde de generosidad, Sigi me cedió una de las direcciones de su lista y me obligó a ir enseguida. Él se quedó abajo y me mandó subir. Vacilé largo rato porque se me había hecho un nudo en la garganta. Al final, llamé al timbré. El rico compatriota se hizo negar, pero acudió su mujer, que me miró con cara de compasión y se puso a revolver en un armario lleno de ropa arrumbada. Sacó un abrigo y me lo regaló. Bajé la escalera corriendo; Sigi se había marchado. Parado allí, con el abrigo doblado en el brazo, sentí que me ahogaba de vergüenza. Las personas como Sigi no tenían idea de lo que era la autoestima.

¿Qué se hace con un abrigo de invierno en junio? Volví al asilo. En el patio siempre había gente que se dedicaba a los negocios. ¿Qué clase de negocios? No tardaría mucho en saberlo. Se me acercó un hombre, me quitó el abrigo y se puso a palparlo y tasarlo cual experto.

—¿Cuánto quieres a cambio? —preguntó.

Antes de atinar a responder, me hizo señas de esperarlo y desapareció con la prenda. Aguardé una hora, hasta que

perdí la paciencia. ¡Ese individuo me había “engaitado”! Era una palabra nueva que había oído en boca de Sigi:

—Si no tienes cuidado, en esta ciudad te engaitan a cada paso que das.

Sentí vértigo de lo indignado que estaba y odié a esa gente y esa ciudad. ¿Quién era ese tipo? No vivía en el asilo, sólo pasaba de vez en cuando, según me explicaron. Fui preguntando por él, pero nadie lo conocía ni había visto nada. Me adentré presuroso en el barrio, busqué en las tabernas, al final volví al dormitorio y me eché en mi jergón. Ya avanzada la noche, me despertaron; abajo alguien gritaba mi nombre. ¿Quién diablos me conocía en ese lugar? Bajé y me encontré a aquel sujeto maldito, que exclamaba:

—¿Por qué no me esperaste? —Él también había estado buscándome un buen rato, hasta que en el asilo le habían dado mi nombre. Entonces descargó sobre mí una sarta de imprecaciones, y me zarandeó, y cuando vio la cara que puse soltó una gran risotada, que varios de los presentes secundaron—. *Tu as raison, mon petit* —dijo—, *je suis un voleur, mais tromper un camarade, jamais!*

Que yo tenía razón, que él era un ladrón, pero engañar a un compañero, ¡jamás! Acto seguido me metió veinte francos en la mano, una fortuna en aquellos tiempos.

Me fui disparado a la primera taberna, faltaba poco para la medianoche, y conseguí, creo que por cinco francos, un plato de sopa de pescado, un pedazo de carnero y media botella de vino tinto. Quedé embriagado. Era de noche, pero ¿cómo ir a dormir después de semejante aventura? Bajé corriendo la escalera hacia el boulevard de Clichy y emprendí una larga marcha por la ciudad, una marcha que no terminaría hasta el alba. Rondé los tenebrosos barrios de las putas. Arriba, en Montmartre, los hombres hacían cola en las esquinas, mirando con ojos vidriosos a las mujeres medio des-

pechugadas frente a los burdeles. Continué mi camino rápidamente. Estaba exultante. Esta ciudad me emborrachaba. Amaba París. ¡Y la humanidad entera!

También en los días sucesivos no hice otra cosa que seguir el magnetismo de París. Aún me quedaba dinero para unos días. No necesitaba mucho, una *baguette*, dos arenques ahumados y tres manzanas...

—¿Qué vas a hacer hoy? —me preguntaba Sigi cuando me lo encontraba a la salida del asilo.

—Voy a patearme la ciudad —le decía.

Se echaba a reír.

—¡Estás loco!

Y se marchaba. Yo me sostenía en mis trece. Lo seguía con la vista, caminaba con el torso ligeramente inclinado hacia delante y la espalda encorvada; algo lo había torcido. En ese momento me juré que no dejaría que nada me torciera nunca.

Entre la riada de transeúntes de París ves, como en ninguna otra parte del mundo, una grotesca mezcla de todos los continentes, personas blancas y de color, hambrientos y satisfechos, travestidos y trogloditas. Los hay que muestran un estupor discreto y silencioso, otros lanzan miradas disimuladas, depredadoras, y los de más allá cruzan como exánimes, mirando sin mirar a los viandantes. Los hay que parecen sumidos en la meditación, pero muchos han dejado de soñar. ¿Será que esperan un milagro? El perro y el gato tienen instintos, instintos que los arropan completamente. El ser humano, en cambio, si sólo se fía del instinto ya lleva las de perder. Ésos son los diletantes de la vida, pensé, y vienen a París en manadas. Esperan el gran encuentro de su vida. ¿O sólo un paliativo? El paliativo pueden conseguirlo. París es una droga, crea adicción. Por eso muchos se quedan e intentan buscarse la vida. Pueblan las calles y plazas, vagabundean frente a los

café y las tiendas elegantes con su sueño de la vida real. Algunos adornan el cuadro con chaquetas de flecos y zapatos puntiagudos, con peinados extravagantes y caras pintadas a modo de máscaras, la mirada desafiante, como si fuesen los protagonistas del escenario. Pero no son más que comparsas de este gran teatro del mundo. Yo también era un comparsa como ellos.

¡Las bellas mujeres! También las mujeres de mirada concupiscente ante los escaparates de las tiendas de ropa, cataratas de curiosos que invaden en tromba los grandes almacenes. En las bocas del metro se sientan los *clochards*, vestidos con andrajos y mirando a su alrededor con gesto despectivo. Los ojos rutilantes de las jóvenes que apenas llevan tres días en la ciudad y no se hartan de mirar. Las prostitutas paradas en ciertas bocacalles. Los viejos y los solitarios que no faltan en ningún lugar. Esta mezcla efervescente la encuentras por todas partes, hasta en los barrios finos próximos a la Ópera y en los Campos Elíseos. Algunos mendigan, piden la voluntad delante de las joyerías. El anciano ciego con gafas oscuras, sentado frente al portal de un banco con las piernas estiradas, se levanta de un salto en cuanto un turista se atreve a fotografiarlo, y le tiende la mano con ademán conminatorio. ¡Ni anciano ni ciego! Hay tipos que venden fotos de mujeres desnudas y se acercan solapadamente a los señores mayores. El bulevar es una feria, a las cinco de la tarde vienen los dibujantes, los magos, los cantantes y los músicos. Un hombre enfundado en nada más que una malla verde hace de contorsionista frente a un café. Una anciana que lleva varios abrigos superpuestos y arrastra todas sus pertenencias en sacos de papel a punto de reventar va subiendo cansinamente el bulevar con los pies hinchados, hasta alcanzar la estación de Saint-Lazare. Depositará sus sacos en

un rincón fresco y pasará la noche sentada en ese lugar. Los hay por doquier, esos seres cargados de miseria, los locos, los desterrados; nadie se fija en ellos, nadie se burla de ellos, son libres. Los muertos vivientes, los rostros marcados, descompuestos, por el alcohol de los que transitan de taberna en taberna esperando hallar, a fuerza de elocuencia, un alma generosa que les pague la cuenta. Duermen en los parques, en los pasillos subterráneos del metro o incluso en los pasajes iluminados de los grandes almacenes. Encontrarse entre esta muchedumbre compacta, caleidoscópica, no sólo te consuela y alivia el dolor de estar solo; es un estado que genera soledad y te cura al mismo tiempo. ¡Ya no estás completamente perdido si te pierdes en este torrente!

3

Llegar a Francia y comprobar que el insulto y la vejación constantes habían quedado atrás fue todo uno. Quizá tardé en ser consciente de esa levedad de la existencia. París me cambió la vida y me curó las humillaciones que había experimentado en Viena por mi condición de niño judío. A vista de hoy, me parece que las privaciones inherentes al exilio fueron llevaderas y nada nuevas. Además, como habían demostrado algunos de mis poetas preferidos (Jakob Wassermann, Hesse o Traven), la privación también podía significar libertad, clarividencia y virtud y llegar a ser una especie de don. De lo que se deduce que un ser humano que no tiene ya nada que perder desarrolla un sentido para los valores invisibles de la vida, lo que le confiere la paradójica sensación de haber salido ganando.

Pero ¿acaso me consideraba ya a salvo? ¿Creíamos las personas de buena fe haber escapado de los nazis? Hitler había

ocupado Austria, y los servicios de noticias alemanes hablaban ahora de presuntas atrocidades cometidas por los checos contra los alemanes de los Sudetes. Las mentes políticas que había entre nosotros lo interpretaron muy acertadamente como el pretexto de Hitler para invadir pronto el país vecino. El dictador había puesto en marcha el gran dominó, caería un país tras otro, también Francia corría peligro, aseguraban los pesimistas. Los optimistas, apaciguadores e ingenuos lo negaban con vehemencia. ¿Doblegar a Francia? ¡Jamás! ¿Y yo? Yo dudaba de todo, pero nunca participé en los debates. Empecé a hacer apuntes en un diario, un viejo libro de cuentas de mi padre que me había traído de Viena. Y recuerdo las frases siguientes: “El hombre que lo ha perdido todo, la patria, el patrimonio, el rango social, enmudece. Unos se derrumban, otros descubren en sí aptitudes ocultas de sus antepasados, que fueron nómadas. En el extranjero aprenderán a encontrar su verdadera morada: ¡el hombre habita en sí mismo, y en ninguna otra parte!”.

En el pequeño restaurante Le Trou (El Agujero), donde se reunían los exiliados, comencé a observar en algunos los diferentes estadios de la degradación. Otros se habían instalado rápidamente en la desgracia. Uno se hizo representante de ropa de mujer, otro se ofreció para vigilante nocturno, lavaplatos, botones o adivino. Leo Katzer, carnicero de formación y oriundo de Düsseldorf, había alquilado un local vacío (antes el sonado teatro de variedades Le Trou) y abierto una especie de figón para refugiados. Toda la familia Katzer trabajaba en la cocina. No había servicio; cada huésped recogía su comida en la barra y pagaba en el acto. Uno podía, sin avergonzarse, pedir sólo sopa de fideos o, si tenía dinero, regalarse un rosbif o un borsch. En el patio, los hombres se congregaban, como frente a la sinagoga, para intercambiar

noticias: Han llegado más exiliados, dieciséis, entre ellos Janek Grün, decía uno. ¿Quién es Janek Grün? ¿Alguien lo conoce de Berlín, Mulackstrasse? Le quitaron la tienda de su padre, un próspero negocio de bebidas espirituosas. Se fugó con su hermano Max, la mujer y los dos hijos de éste. A Max lo cogieron en la frontera. ¿En Friburgo? Sí, en Friburgo. Cuando uno llega a la estación debería pasar inadvertido y conocer la clave para dar con un traficante. De noche, los traficantes llevan a los fugitivos al otro lado de la frontera, a cambio de una pasta gansa, claro. El hermano se sentía perseguido y se quedó atrás. Se comportó de forma sospechosa. ¿Lo haría adrede para despistar a la policía y salvar a los demás? Janek Grün está enfermo de tanto cavilar. ¿Qué va a hacer con la mujer y los hijos de su hermano? ¿Y alguna vez volverán a ver a Max?

—¡Tendría que haber ido solo! —dice un gracioso—. Cruzar la frontera en grupo siempre es peligroso. ¡La mejor forma de salir adelante es yendo solo!

—¿Qué criterio de mierda! —exclama otro—. ¡Eres un egoísta, sólo piensas en ti!

Y mientras los hombres discuten sobre sus criterios, me asfixia la mala conciencia. Yo también soy un egoísta, me marché solo, no dije nada, ni siquiera me despedí de los míos. Las hermanas de mi madre estaban reunidas en nuestro piso, en la Zieglergasse. Se juntaban casi a diario para hablar, para debatir sobre lo que convenía hacer. Me fui así como así. Me fui a hurtadillas. Quería evitar las lágrimas y los gritos. Me puse las botas de montaña y me eché la bandolera al hombro, con un poco de pan, dos manzanas, una camisa... y también metí el viejo libro de cuentas de mi padre. Era representante y apuntaba en él los sombreros de señora que había vendido, los gastos y los ingresos, pero dejó de hacerlo cuando perdió el trabajo. ¿Acaso creía yo poder apro-

vecharlo? ¿Y adónde iría?... ¡A Suiza, por las montañas! Fue el azar lo que me movió a ello. En la última semana de abril, un mes después de que los nazis ocuparan Austria, vi en la Mariahilferstrasse a dos jóvenes mirando el escaparate de una librería. Al pasar a su lado oí decir a uno de ellos:

—Allí, cerca de Nauders, debería ser posible.

Luego siguieron su camino. Fue como si me hubiera alcanzado un rayo. En el escaparate colgaba un mapa de Austria. Nauders está situado en el punto de confluencia de las fronteras de Austria, Italia y Suiza. Lo capté al instante. Y decidí marcharme tres días después. Menciono esa banal escena porque muchas veces en mi vida he tomado decisiones importantes siguiendo una mera intuición, como si se tratara de una señal del cielo. No creía en Dios. ¿Creía acaso en un destino? ¿Es decir, sí en un poder superior que me conducía? No lo sé.

Aproveché los tres días para ajustarle las cuentas a mi pasado. Miré a mi madre largo rato, con dolor y sin que se notara. Sentí que no volvería a verla nunca más. (Papá hacía tiempo que no estaba en Viena.) En la Estación del Oeste me compré un billete para Nauders. Viajé toda la noche en un miserable y renqueante tren de pasajeros. Nada más llegar a Nauders, salí caminando de la ciudad, en la dirección donde sabía, por el mapa, que se encontraba la frontera suiza. Me fié completamente de mi instinto y de esa intuición a la que acabo de referirme. El lugar adonde me dirigía, ¿era idóneo para la huida? Ni idea. Y a punto estuve de caer en las manos de dos guardias fronterizos. Tuve que trepar por una montaña, atravesar un espeso bosque y llegar al río que figuraba en el mapa. Tuve que bajar un barranco peligroso y vadear el río. En la orilla opuesta me recibió un gendarme suizo que me había observado descender por el barranco. Me preguntó si era comunista, fugitivo político. En caso contrario tendría



que llevarme de vuelta a la frontera. Y en efecto, como dije, por idiota, que era judío, enfilamos hacia un puente de madera, en cuyo otro lado se agitaba la bandera con la esvástica. Palidecí. Me temblaba todo el cuerpo. ¡Los nazis no vacilarían en deportarme al campo de concentración! Parece que el gendarme, un hombre mayor, tuvo piedad; me condujo a su casa y me dio de beber. Luego, sin hacer más preguntas, redactó un acta extensa sobre mi huida y simplemente me adjudicó la categoría de “comunista”... A continuación, me mandó al puesto de gendarmería más próximo.

—Y diga siempre que es usted comunista, ¿entendido?

Entonces era así en Suiza. ¡Entregaron a miles de fugitivos judíos a los nazis! A los refugiados políticos los internaban en virtud de convenios internacionales.

Pero volvamos al París de 1938. A veces, el aire del pequeño restaurante vibraba con los sonoros saludos y risas que acompañaban el reencuentro de personas conocidas o parientes llegados de Viena, Berlín u otro lugar. Y seguían relatos detallados sobre la situación de quienes se habían quedado. Una y otra vez escuchamos cómo en Viena los dueños de las tiendas judías eran sacados del negocio para pintar con sus propias manos la esvástica sobre sus escaparates o escribir, con grandes letras blancas, la palabra *JUDENSAU*.<sup>1</sup> Nunca faltaban los mirones que se deleitaban, a menudo les rompían las lunas y saqueaban las tiendas. Mucha gente que pasaba por casualidad, vieneses probos, se divertían de lo lindo. Mujeres y hombres judíos tenían que arrodillarse en la calle y limpiar la acera, rodeados de una multitud regocijada. La policía no intervenía. Yo mismo había presenciado personalmente

---

<sup>1</sup> “Cerdo judío”. (N. del T.)

y en varias ocasiones ese espectáculo en Viena. Hordas salvajes, a menudo encabezadas por mujeres vociferantes e histéricas, se lanzaban a las calles y devastaban los negocios judíos. El público se reía contento y aplaudía.

Y ahora me hallaba en el Trou cuchareando una sopa de habas. Las sopas espesas, alimenticias, eran en aquellos días y semanas lo máximo a que podía aspirar. Katzer era un cocinero excelente, para los huéspedes más acomodados ingenjaba platos rusos, judío-polacos o franceses, cuyas fragancias me transportaban a un estado de éxtasis.

4

¿Acaso quería escribir un libro? Nunca pensé en ser escritor. No, la verdad es que no quise escribir un libro, pero tenía el continuo afán de apuntar, en el libro de cuentas de mi padre y a modo de beneficios, gastos y pérdidas, algo sobre los bichos raros que me encontraba en el Trou o por la calle. Y me había decidido por los fracasados, aquellos que estaban por los suelos. Simplemente me pareció que, desde el semisótano, era más fácil calar el mundo. *Voilà*, ésa era entonces toda mi filosofía.

Había por ejemplo un tal Munjo Hirsch, un fanfarrón y fachendoso, que siempre buscaba el protagonismo, cantaba alabanzas de sí mismo y se paseaba con una colilla rechupada en la comisura de los labios. Tendría treinta años y era de estatura mediana y rechoncho, ojos pequeños y astutos, nariz protuberante y voz ruidosa e imperativa. No paraba de soltar obscenidades, contar chistes de judíos y golpearse divertido los muslos regordetes cuando los otros se reían. Un día se me arrimó y me pagó una comida, un inolvidable *pot-au-feu aux poissons*, un cocido con verdura y pescado. Quizá

sólo se me pegó porque olfateaba mi curiosidad siempre alerta –que no supo interpretar– y porque los fanfarrones notorios lo que más anhelan es un tipo capaz de escucharles. Me contó cuántas cosas sabía hacer y lo ducho que era:

–Soy comerciante hasta la médula. Pero también entiendo de seis oficios más.

Que él me enseñaría a roer los huesos duros. Que yo era demasiado tímido, demasiado honesto. ¿Quién es honesto en un mundo de lobos? Pero que primero tendría que descubrir para qué servía un hombre joven y fuerte como yo, con un déficit de seso del cincuenta por ciento. Dijo que quería abrir un negocio. Quizás un *milk bar*, una cafetería. En aquellos tiempos ese tipo de establecimiento se estaba poniendo de moda. O un taller de publicidad. En mi cabeza se encendió una luz, era el punto preciso donde yo podía conectar. Había hecho en Viena un cursillo para decorador de escaparates y en Ámsterdam (hacía justo un año) ya había trabajado en el oficio. Que yo podría cortarle las plantillas para las letras adhesivas, le dije. Dábamos un paseo, subiendo por la rue Lafayette hacia Clichy, y era el momento de las rebajas de verano, y algunos escaparates lucían ya el letrero de *soldes*. Yo le recortaría en papel multicolor la cantidad de *soldes* que quisiera, insistí, para que los pegara en las lunas. Munjo Hirsch quedó entusiasmado. Su opinión sobre mí subió treinta puntos. Enseguida me llevó a su piso, en la rue Chabrol, donde nacería la oficina de publicidad. Era una pieza grande y luminosa pero sórdida, con un empapelado que se caía a trozos y que antes había sido una sastrería. Tenía como único mobiliario dos mesas largas y tres sillas. En las mesas en que se sentaba el sastre a coser los pantalones, ahora Munjo depositaba sus bártulos. Entre calzoncillos y calcetines usados vi varios platos llenos de grasa, vasos y botellas vacías. Debajo de una de las mesas se encontraba una cama

plegable que simplemente se sacaba por la noche. El cuarto olía a sudor cuajado y ceniza de tabaco, tanto que me quitaba el aliento. Munjo era un don nadie, un fantasma, y no se dio cuenta de que mi opinión de él acababa de bajar un sesenta por ciento...

Enseguida nos pusimos manos a la obra; recogimos cajas de cartón en el verdulero de la casa de al lado, compramos papel multicolor para pegar, unas tijeras, un cuchillo, una regla, y lista estaba la oficina de publicidad. Al día siguiente Munjo ya recorría las calles comerciales ofreciendo letras rojas, azules o amarillas y estampando el *soldes* y otros reclamos en las lunas de los negocios. ¡Ganábamos dinero! Y sin tener ni pizca de talento mercantil, me percaté de que una vez más me estaban engaitando. Munjo Hirsch sólo me remuneraba por recortar las letras, y no por la idea. No importa, me dije, en la vida hay que pagar la novatada. Tendría que haber acordado con Munjo un pacto detallado. Me pasé una semana recortando letras, luego me marché y subí dos peldaños más en la escalera del éxito. Un vienés que frecuentaba el Trou había alquilado un local para convertirlo en *milk bar*, y se veía que tenía más traza que Munjo Hirsch. Me contrató por varias semanas para pintar las paredes y rotular el portal. Así comenzó mi carrera de pintor de brocha gorda y rotulista.

Dejé el asilo de noche y alquilé un minúsculo cuarto en un pequeño hotel próximo a la plaza de la República. No sospechaba que de nuevo hubiera ido a parar a un barrio de putas, como me había pasado un año atrás, en el verano de 1937, en Ámsterdam (fue mi primer intento de evasión de Viena; volveré sobre ello). Ahora, en la sexta planta de mi hotel, podía pasear la mirada por el bizarro mundo de los tejados, lo que me hacía feliz. Mantuve el cuarto limpio, tenía

agua corriente, aunque sólo manara un hilo, y me lavaba cada día de arriba abajo. Las ventanas del hotel de enfrente se iluminaban por las noches y las cortinas quedaban abiertas. Ya el primer día vi con asombro cómo una mujer y un hombre se desnudaban rápidamente; luego se acostaron en la cama y enseguida se pusieron a lo suyo... A los pocos minutos volvieron a vestirse y se fueron; la luz seguía encendida, pues al rato la mujer llegó con otro cliente. La cosa más aburrida del mundo. ¡Pero cuánto me interesaban las caras de esas mujeres si me cruzaba con ellas por la calle! Quizá también sus historias y cómo llegaron a ese oficio. Cuando veinticinco años después Maxie y yo buscábamos información para nuestro primer libro sobre París, descubrimos cómo las chicas llegaban a la ciudad. Llegaban en tren, todos los días y a cada estación. Huían de algún entorno sofocante. Venían con una pequeña maleta y un gran sueño. A menudo observamos cómo salían de la estación y ponían la maleta en el suelo para situarse. Vimos el desconcierto y la fiebre aventurera en sus caras. Y fuimos testigos de cómo muchas de ellas eran interceptadas por hombres jóvenes que amablemente se ofrecían para llevarles el equipaje y aconsejarles un alojamiento barato. ¿Prostitución en París? ¡La ciudad es como una enorme esponja que absorbe y destruye a las personas!

5

¿Sobre qué persona joven la gran ciudad no actuaría como un imán? Un año antes, acabo de mencionarlo, en julio de 1937, había viajado a Ámsterdam con mi padre. Él era viajante de comercio y tenía allí una especie de segundo domicilio que siempre fue un secreto para nosotros. Un día me